CARTA DE UN CORSARIO

Emilio Sola
(Universidad de Alcalá).

Queridos alumnos:

Hay una vieja tradición renacentista, del tiempo en el que nuestra Universidad de Alcalá comenzó a funcionar, que es una pena que se esté perdiendo, la de escribir cartas más o menos literarias a la gente; cartas que quien las escribía, las escribía a mano, claro, no había ordenadores ni siquiera máquinas de escribir de las que hoy nos parecen tan prehistóricas, y eso se nota hoy mucho al leerlas. Eran tiempos en los que el "tiempo" mismo era mucho más lento y el tono de las cartas -eso de escribir a mano marca mucho-, mucho más reposado. Más "despacioso", que diría un español del siglo XVI. Recordad, sino, aquellas repentinas sugerencias de Pierre Chaunu, un historiador francés que habéis oído citar en clase bastante, sobre las "distancia/tiempo" en la época de los "descubrimientos geográficos" -lo mismo, groso modo, del arranque definitivo de la Universidad de Alcalá y de esos escritores renacentistas que estábamos evocando-, en los que se podría calcular que un hombre necesitaba cinco años, como mínimo, para dar la vuelta al mundo. Con Julio Verne -eso de la "vuelta al mundo en 80 días"- ya era otra cosa. Y hoy, con una llamadita telefónica o un fax,

el que tenga dinero, claro, para ello, se soluciona una comunicación en segundos. Aunque no otro asunto, y en estas cartas a mano y con tiempo "lento" uno de los mayores peligros es la "divagación", era rapidez misma, era "distancia/tiempo" convertida casi en simultaneidad, ahí puede radicar el enloquecimiento de lo que podría denominarse "tiempo financiero", por ejemplo, que los economistas y hacendistas tienen que domar a golpe de látigo como si fueran domadores de leones. En fin, la ganancia es la ganancia.

Estábamos con lo de las cartas a mano, como esta misma que os escribo. "Despaciosa", con tiempo por delante.

Es un género ya milenario. Recordad aquellas cartas de Polulo de Tarso a los corintios, por ejemplo, a la gente de la Universidad de Corinto, en Grecia, que hoy son textos claros para una de las tradiciones religiosas, la cristiana. O esa carta de un dominico llamado Fray Julián a un obispo que debía ser amigo suyo, el obispo de Perusa, en la que le cuenta la llegada de los mongoles a donde él estaba, en Hungría, en 1241, estremecedora; la acaba de publicar Alianza Editorial, traducida del latín por Juan Gil, con otros textos similares, en un libro que titula En demanda del Gran Kan. Viajes a Mongolia en el siglo XIII (Madrid, 1993).

O la correspondencia, que recoge Marcel Bataillón en un libro que debéis conocer casi "obligatoriamente" como estudiantes de historia, Erasmo y España, entre el humanista francés Bovelle y el primer gran promotor de nuestra Universidad, el Cardenal Cisneros, en la que se cuentan unos ideales de "regeneración" universal, podría decirse, en un tono que hoy nos parecería un tanto anacrónico, o "flipado", en el "argot/slamg" de cuando yo era estudiante, un poco "jipioso" él -el tono y el "argot/slamg"-. O sea, los dos.

Pero las cartas que a mí me agradan más -ya que esta carta que tenía ganas de escribiros desde Florencia, luego os diré porque, parece ir de cartas-, las cartas que me parecen más interesantes, tal vez por deformación personal, son algunas de Juan Luis Vives, que pueden leerse en castellano, traducidas del latín, en unas ediciones que están publicando, desde 1992, por eso del Centenario de su nacimiento, la Diputación de Valencia. Como sabréis, el Vives era valenciano y

parece que siempre sintió un poco de "morriña" de su tierra; anduvo por París, Lovaina y Oxford de estudiante y profesor, y fue invitado incluso a ir/venir a la Universidad de Alcalá -era unas de las jóvenes promesas intelectuales de su época, elogiado por el gran Erasmo de Rotterdam- pero no quiso. Una verdadera pena para nuestra Universidad. No estaban las cosas como para venirse; la Inquisición acababa de sentenciar a su padre y había desenterrado para quemarlos los huesos de su madre en Valencia porque habían encontrado en su casa familiar, una sinagoga, o lugar de reunión de hebreos, lo que estaba muy mal visto por entonces; era un notario "cristiano nuevo" en el momento en que, aquí en España, pocos años después, se comenzaba a pedir una especie de "certificado de penales" particular, el de "limpieza de sangre", también en las Universidades. De nuevo -esto de las cartas, y a mano- me voy por la tangente, que dicen. El caso es que Juan Luis Vives escribía unas cartas hermosísimas, en ocasiones, para el Papa, el Rey de Inglaterra o a otros humanistas como él, elaboradas, literarias, para opinar o decir cosas. Del tipo de esa correspondencia que está en la base de lo que se conoce por "revolución científica", por ejemplo la carta que le podrá escribir Kepler, aquel gran matemático y astrónomo que buscando la "música de las esferas" se topó con la fórmula matemática de la órbita elíptica de los astros, a Galileo Galilei sobre cuestiones de astrofísica, diríamos hoy.

Pero debo cerrar así, casi abruptamente, esta primera parte introductoria de la carta que deseaba escribiros, aunque, como veis el asunto puede dar para mucho. Para muchísimo, mejor.

Y pasar a lo que desearía que fuera el cuerpo central del texto. El primer "motivo" de esta carta. Antes de venirme para Florencia -en el marco del Instituto Universitario Europeo y para trabajar durante el "año sabático" en archivos italianos- me pedisteis alguna colaboración para la revista que estáis preparando, Indagación, y me pareció que bien podría enviaros una colaboración así, en forma de carta, que permite un estilo mucho más suelto y ameno que los horrorosos artículos científicos de especialistas para especialistas que, antes de venirme, lo recuerdo bien, os recomendé vivamente que evitaseis para vuestra publicación. Siempre en la medida de lo posible, claro está, pues a veces un profe, o un intelectual o lo que sea, de los que os interese, no es capaz de expresarse sino es

para especialistas o colegas suyos, y ahí sois vosotros los que decidís si también os interesa a vosotros como estudiantes o lectores. No es sencilla la cosa.

Yo estoy trabajando sobre espías de Felipe II en Estambul, corsarios berberiscos, renegados y cautivos, sobre el ex-cautivo Cervantes y su mundo, también tan alcalaíno de alguna manera, en fin, el asunto. Y nada más llegar a Italia y ponerme a papelear un poco por aquí, descubrí que era un tipo de investigaciones que estaba bastante de moda en el último decenio, al menos.

Pero con un desconocimiento casi escandaloso de las riquísimas fuentes españolas del XVI sobre ello, insustituibles, y de Cervantes mismo al que casi todos citan por obligación sin conocerlo medianamente al menos. Aunque, pensándolo bien, tal vez tengan la culpa de ello nuestras propias editoriales y universidades, y sin duda nuestras editoriales universitarias en primer lugar, tan ensimismados. Pues bien, nada más llegar a Florencia y contactar con unos amigos florentinos que me alojaron la primera semana hasta que encontré casa, viajé a Pisa para visitar al profesor Angiolini, de parte de nuestro cátedro alcalaíno Jaime Contreras para que me orientara un poco en este mi primer contacto italiano.

Os mando, como apéndice a esta carta (Apéndice I) un artículo suyo que es una preciosidad, bien alejado de esos artículos de especialistas para especialistas que comentaba antes, sobre marineros mediterráneos en una isla, la isla de Lampedusa, también muy cervantina, pues no es raro que la visitara, como la de Pentellería, al parecer, el Cervantes marino/soldado.

Y me comentó que acababa de salir un libro de una profesora de la Universidad de La Sapienza de Roma, Lucetta Scaraffia -en italiano el nombre se pronuncia "luchetta", algo así como lucecita, un nombre precioso-, con el título Rinnegati. Per una storia dell´identitá occidentale; nada más y nada menos: ambiciosísimo título y bien interesante. Lo compré de inmediato y me interesó, de entrada, eso que comentamos, ya desde primer curso, de la "interdisciplinariedad" -palabra terrible-, el hecho de que al estudio histórico propiamente dicho integrara lo "antropológico", maneras de exponer e interpretar utilizadas con naturalidad por la Antropología, ¿"disciplina social" o "ciencia social"?, que puede aligerar un

poco el "estilo" -como el hecho de exponeros esto en forma de carta, por ejemplo- y puede permitir aventurar opiniones más arriesgadas. Y no le queda del todo mal; más bien, el resultado es atractivo. En resumen, uno se queda tras la lectura, con la "tesis", así, un poco simplificada, siguiente: el hecho de que a lo largo de los siglos XVI al XVIII muchos cristianos se hagan musulmanes -los renegados- y muy pocos musulmanes se hagan cristianos, fundamentos para la "identidad" europea-occidental, permite mayor "libertad de espíritu", digamos, mayor "libertad individual", podría decirse, que el componente islámico en el "ser cultural" de una persona. Es complicado simplificar pero podría ser así expresado.

La cosa parecía clara en ocasiones, por ejemplo cuando comenta que el "tabú" sobre algunos alimentos -carne de cerdo, vino- que se da en hebreos y musulmanes, no se da entre los cristianos, lo que daría mayor libertad de usos y comportamientos, por ejemplo. Y eso, para mi gusto, es lo único plenamente convincente del largo argumentar de la Scaraffia, así, simplificando. Porque luego puede meterse en "teologías" sobre el "pecado" y la "intención" y similares, que seguro que era bien conocido por los medios cultos y eclesiásticos, pero menos por la gente de a pie, la abrumadora mayoría de los que sufrían una situación de "frontera" que era el caer en cautiverio de los otros y elegir eso de "renegar" o no para integrarse mejor, o no, en esa sociedad nueva en la que se encontraba metido por una postura adversa. Es el peligro de análisis "psicologistas" con matices "delicados" o simplemente escolásticos o de confesor, ajenos a una "psicología popular" más realista y de supervivencia, en la que el "azar" y la "fortuna" -el "maktub" que dicen todavía hoy los moros en Berbería, traducible como "estaba escrito", y que hace que algunos hablen de "fatalismo"- la buena o mala suerte, estaban más integrados en la gente que sutilezas morales o teológicas, y a pesar de los predicadores religiosos de ambos mundos. Se podría hablar de "utilitarismo religioso", lo mismo de ese "París bien vale una misa" del primer Borbón que llega a Rey, Enrique de Navarra, allá por la época de Cervantes, a finales del XVI.

Por esto está tomando aires un puntito macabros, casi, o demasiados serios. Allá cada uno como quiera abordar esos asuntos, por otra parte. Lo que a mi me dolió del libro -que, como os decía, es entretenido y muy formativo- es que "pasa", descaradamente, de las fuentes españolas del XVI, imprescindibles para

abordar estos asuntos. Así, por ejemplo, llega a afirmar que "la única célebre y clamorosa conversión de un musulmán al cristianismo en la edad moderna" es "en el 1646 el príncipe tunecino Mehemet Celebi" y se queda tan ancha. Y se olvida que el obispo Sandoval, el de la Historia de la vida y hechos de Carlos V (Valladolid, 1604, creo), fundamental para el XVI, habla de un hijo del rey de Argel destronado por Barbarroja que se hizo cristiano y estaba casado en Illescas; o de que los últimos Benimerines, expulsados de Marruecos, vinieron a España y uno de ellos, al menos, se bautizó y se llamó don Gaspar de Benimerín. O que un vecino de Cervantes, por el barrio de las Huertas, hoy tan movidito de bares y tascas en Madrid, era el célebre don Felipe de África, sobre el que Oliver Asín, sobrino del gran don Miguel Asín Palacios, tiene un libro de hace unos 40 años que es una delicia.

Y se olvida, sobre todo, de los "cristianos nuevos de moro", pues debe creer que los "moriscos" españoles debían ser extraterrestres y se fueron todos del país en 1609, o algo así, con la expulsión. Todos los que se quedaron -como los "cristianos nuevos de judío"- mal que bien se integraron y confundieron con los "cristianos viejos", sobre todo cuando el paso del tiempo consiguió que olvidaran sus orígenes. Y eran también "renegados" para los suyos, los moros que pasaron "allende" a Berbería, porque no quisieron quedarse en tierras de cristianos. En fin, anecdotitas. Pero duele que se olviden por ahí, por ejemplo, de Ana Félix, la hija de Ricote, el morisco vecino de Sancho Panza, la mujer más guapa -junto con la pastora Marcela, a la que se le llega a suicidar un enamorado a causa de sus desdenes-, la bella Ana Félix, arquetipo cervantino de esos otros "renegados" y que Cervantes casa con un cristiano viejo también muy guapo, Gaspar Gregorio.

Pero quiero pasar a otra cosa, porque sino esta carta se puede alargar demasiado. Además, no quiero enfadarme. La profesora Lucetta Scaraffia es de la Universidad de La Sapienza de Roma la misma Universidad en donde enseña también una profesora, Rosa Rossi, que en cien páginas de letra gorda, o sea, muy poco para lo ambicioso de la "tesis" que sostiene, intenta presentar un Cervantes judío y maricón -y perdón por lo brusco de la palabra, pero el ensayo de la Rossi Escuchar a Cervantes, publicado en español en Valladolid hace cuatro o cinco años, es así de burdo- sin el menor respeto a historiadores y cervantistas más

serios. Y uno, que termina siendo un mal pensado, llega a dudar sino serán inquisidores del siglo XVI con seudónimo los autores de trabajos de este tipo. En fin.

Hay otros trabajos, os decía más arriba, bastante recientes, aquí en Italia sobre asuntos de este tipo que me interesan. Acabo de terminar uno excelente, de 1987, de Mario Leuci, Lucca, il mare e i corsari barbarechi nel XVI secolo, y estoy esperando que me manden los de una librería de Florencia, La Marzocco - buena para los historiadores pues te consiguen todo lo conseguible, aunque no tanto como la de Marcial Pons de la plaza del Conde del Valle de Suchil, de Madrid- otro libro que parece muy interesante, de L. Rostagno, Mi faccio turco (Roma 1983), que maneja documentación napolitana, pues uno de los lugares que quiero visitar en este año es el "Archivio di Stato" de Nápoles y puede darme no pocas pistas. Y otros que me recomendó Angiolini, sobre todo de Paolo Preto, que tiene un texto con un título tan sugestivo como "La guerra secreta, Spionaggio, Sabotaggi, attentati". Ya os contaré. Otra vez será.

Os decía que el primer motivo de esta carta era enviaros la colaboración prometida para Indagación, y que esa colaboración fuera la carta misma. No quiero que se quede en un comentario informal de lecturas italianas, aún a medio hacer por otra parte. En el mes escaso que llevo aquí, me enredé, sobre todo, en la "Biblioteca Nacionale Centrale de Florencia", buenísima, una de las mejores de Italia, que ya es decir. Y ahí, papeleando en su fondo de manuscritos antes de pasar al "Archivio di Stato", me topé con no pocas cosas de interés. Y entre ellas, tres cartas, una en castellano, aunque malamente copiada por un copista que lo sabía mal y lo hace con muchas faltas, y dos en italiano. Hago una versión legible de las tres para vosotros en el Apéndice II a esta carta -esto va de cartas, como podéis ver-, aunque son textos que ya han sido utilizados por historiadores italianos sin duda porque el personaje del que se trata, el renegado genovés Cigala, es muy conocido. Fue jefe del ejército turco en la larga guerra con Persia que duró hasta bien entrados los años 80 del siglo XVI, y luego almirante de la flota turca, después de otros dos almirantes de los que habla Cervantes en el Quijote, el calabrés Alí Bajá -Cervantes lo llama Ochali o Ucholi, el Tiñoso y lo trata muy bien- y el veneciano Hason, que era rey de Argel cuando Cervantes estuvo allí

cautivo, hasta 1580, y al que trata muy mal por ser muy cruel. En fin, el genovés Cigala es su sucesor al frente de la armada turca y según las malas lenguas, o buenas, según la "leyenda" popular que siempre rodea a estos personajes emblemáticos para los medios populares y marineros del momento, también su envenenador. Para sucederle en el cargo, claro está, en aquellos tiempos lo tenían muy claro, eso del poder, y se lo montaban así con toda tranquilidad. Un poco como ahora, pero más a lo bestia, con menos guante blanco. A veces.

Al Cigala lo tenía algo seguido en las fuentes españolas. Sobre todo a través de los relatos de Antonio de Sosa, era compañero de cautiverio de Cervantes y muy amigo suyo, que en unos de sus escritos -publicados en 1612 por Diego Laredo, nombre por el que se le cita normalmente y muy conocida fuente por ser fundamental- relata cómo hacen cautivo los turcos al Cigala padre e hijo, y cómo, aunque el padre vuelve del cautiverio a Génova el hijo se queda en Estambul, se hace musulmán y se convierte en un gran personaje, gran militar y gran marino. Pues bien, este Cigala, ya almirante de la flota turca, con el nombre de Sinám Bajá, verdadero castigador de la costa italiana con sus expediciones de primavera/verano casi cada año, sus campañas de corso, tiene ganas de ver a su madre, ya anciana abuela, la señora Lucrecia; en septiembre de 1593, entrando con la flota otomana ante la corte siciliana, envió una carta al Virrey de Sicilia en la que le pedía permiso para ver a su madre, y otra a ésta expresándole el mismo deseo, pues hacía treinta o cuarenta años -tanto tiempo que no sabía precisar así, de memoria- que faltaba de su casa y por lo tanto, que no la veía. Una emotiva historia la del hijo que quiere volver a ver a la "mamma" antes de morir. Aunque es posible que tenga también otras intenciones menos sentimentales y más político-militares o de "negocios", como se diría entonces, pues aprovecha para operaciones de rescate de cautivos, muy rentables en lo económico en aquel tiempo, y tal vez -así lo recoge en su libro comentado Lucheta Scarffia, tomándolo de un viejo libro del XIX, el de L. Annabile, Fra Tommaso Campanela. La sua congiura, i suoi processi e la sua pazzia (tres volúmenes, Nápoles 1882)-, para establecer contactos directos, a través de cartas intercambiadas por intermediarios en unos negocios de rescates de cautivos, con conjurados calabreses, entre ellos el mismo fraile Campanella, contra el poder hispánico en Italia del sur. Apasionante y novelesco,

como eran todos esos personajes de la gran "frontera sur" de Europa en esos momentos. Desmesurados.

Porque todas estas son historias de la frontera, como las del oeste americano de las películas de vaqueros, pero sin un Hollywood que los hubiera promocionado a niveles populares planetarios. En fin, otra vez, esto de las cartas a mano y el irse por la tangente. Para abreviar, os remito el Apéndice II, en donde, con la ayuda de dos buenos amigos de aquí, Silvia Brunosi y Giovanni Troato, florentina y calabrés, os presentaré las tres cartas en traducción muy libre e informal, con las aclaraciones necesarias hechas sobre la marcha -pensad que tengo mis papeles en Alcalá y la parte "erudita" la dejo para otra ocasión, ya a la vuelta- y sólo para que el texto mismo, muy elocuente, se os haga más comprensible.

En fin, ya casi todo lo que quería contaros está dicho. Sólo me queda la despedida. Y nada más. Creo que esta carta, si la tradujera al latín Antón Alvar por ejemplo, podríamos hacerla pasar por una carta al "estilo humanista" aunque pienso que se notaría demasiado que no lo era. Vamos, digo yo. Como decía Julio Iglesias, el cantante -sin duda llamado así, por un paraca amiguete de los montes de León que terminó medio loco y desertando, más que por lo que canta deben llamarlo así por el "cante", que da- como decía en una entrevista en una revista del corazón, "lo único que quiero es que me quieran". Ahí es nada ¿verdad?.

Un fuerte abrazo y "a vivere", como dicen por aquí los chavales/as ahora.

Emilio Sola

APÉNDICE I

MUSULMANI E CRISTIANI NELLA GROTTA DI LAMPEDUSA

Franco Angiolini

Un luogo dedicato alla Vergine nel cuore del Mediterraneo da punto di incontro fra genti di fede diversa espressione di frattura incolmabile dopo il concilio di Trento.

Agli inizi del 1560 quattro galere toscane, che da mesi stavano corseggiando nel Mediterraneo, diedero fondo a Lampedusa per rinnovare le proprie scorte d´acqua. L´isola, a metà cammino tra la costa africana e la Sicilia, posta quasi al centro del Mediterraneo, era per i naviganti un tradizionale rifugio dalle tempeste e, con le sue pur esigue sorgenti, un consueto approdo per l´approvvigionamento idrico.

I´marinai e i soldati imbarcati sulle galere toscane approfittarono della sosta per andare a visitare un luogo caro alla devozione marinaresca. Si trattava di una grotta che la pietà della gente di mare aveva trasformato in una cappella dedicata alla Madonna. Qui marinai di ogni risma e di ogni nazionalità venivano a offrire elemosine e voti alla Vergine per ringraziarla degli scampati pericoli e per scongiurarne l´aiuto dinanzi ai rischi che avrebbero potuto correre una volta preso il largo. La grotta, rischiarata dalla tremula fiamma di numerose lampade, il cui olio era fornito "da corsari che ci capitano", era ricolma di armi e di bandiere di ogni sorta. Sull´altare dell capella si ammassavano argentei monticelli di monete "moresche, turchesche e cristiane", che una o due volte l´anno i cavalieri di Malta venivano a ritirare per spenderle in opere pie.

Era una pratica devozionale consolidata in una lunga tradizione, e largamente diffusa in tutta la marineria mediterranea, quella che ci descrive l´anonimo autore della relazione sul viaggio delle galere toscane. La cosa, di per sé, non è forse nè eccezionale, nè tantomeno sorprendente. Il Mediterraneo, nella sua vita millenaria, ha sempre conosciuto luoghi di culto, siti talora magici e

misteriosi, ai quali si sono sempre raccomandati tutti coloro che dovevano affrontare l´ira dei marosi o la perfidia degli uomini. La sacra grotta di Lampedusa non è che uno di questi. Ad essa facevano visita marinai e soldati, pescatori e corsari, tutti alla mercé del mare, tutti accomunati da un medesimo destino e bisognosi di una medesima protezione.

Un culto mediterraneo. L´anonimo relatore, tuttavia, non nasconde un certo moto di sorpresa di fronte a questo culto che coinvolge tante categorie diverse di uomini e supera differenze di razza e di religione. Ma la sua è la sorpresa di chi si affaccia per la prima volta a un mondo sconosciuto, di cui si ignorano le caratteristiche, gli usi diffusi, le tradizioni profonde. È lo stupore del neofita quello che colora le sue parole. E infatti non si deve dimenticare che i toscani avevano ripreso a solcare con regolarità le acque mediterranee da poco più di un deccenio dopo un´assenza di oltre mezzo secolo. È quindi un mondo nuovo quello che vedevano a metà del ´500 molti membri degli equipaggi delle medicee, e come tale veniva recepito e descritto. Ma più acuta, senza dubbio, era la meraviglia che esprimeva la breve relazione per il fatto che tra i naviganti devoti alla Madonna vi fossero anche gli "infedeli".

Dopo l´iniziale stupore si osservava che "quella che é cosa degnia d´emirazione si è che i corsari turchi nimici della nostra religione et del humana generazione non solamente rispettino e reverischino quel luogo ma chi porgono i voti e le limosne con più fervore e reverenzia che i medesimi cristiani".

La vita mediterranea aveva una dimensione sua propria, nella quale le fratture ideologiche, religiose, di civiltà si ricomponevano secondo comuni modi di sentire. Lo scontro tra mondo musulmano e mondo cristiano, che dai primi del XVI secolo riprese con estremo rigore, talvolta con accanimento feroce, non riuscì però a eliminare credenze collettive e a bandire luoghi in cui gli avversari si potevano incontrare e riconoscere recipocramente, attraverso gesti e sentimenti condivisi, come componenti di una stessa civiltà.

È questa la dimensione, inusitata ai suoi occhi, che scopre e racconta l´anonimo relatore. Ma è una dimensione subito accettata con istintiva e profonda naturalezza. Addirittura la devozione dei musulmani è additata ad esempio di una

religiosità più intensa e più timorata di quella dei cristiani stessi. Il nemico non è, quindi, un "altro", un diverso. Al di là delle ostilità quotidiane si trovano in esso connotati comuni e qualità che ne fanno riconoscere con inmediatezza l´appartenenza a una stessa umanità, percorsa dai medesimi timori e dalle medesime manifestazioni di pietà.

Un nuovo clima ideologico. Circa un cinquantennio dopo la redazione di questo resoconto un altro toscano, anche lui imbarcato su una galera medicea, approdò a Lampedusa. Scese a terra e venne a conoscenza di un uso antico e ormai, secondo le sue parole, abbandonato: la venerazione dei marinai per una cappella dedicata alla Madonna, posta in una piccola grotta. La breve informazione che il navigatore seicentesco dedica al fatto è rivelatrice, nella sua stringatezza, del radicale e per certi versi drammatico cambiamento che era avvenuto nell´arco di due generazioni. I marinai di fede islamica non portavano più le loro offerte alla Vergine. La sacra grotta aveva perduto il suo ruolo. Islam e Cristianità erano ormai nettamente separati.

Ancor più significativo è l´atteggiamento mentale che traspare dalle brevi righe di questo resoconto. Il marinaio toscano non nasconde il propio orrore ideologico dinanzi al fatto che in passato i maomettani, questi acerrimi nemici del genere umano, avessero potuto, insieme e al pari dei cristiani, lasciare nella piccola grotta i segni tangibili della loro devozione alla Vergine. Dopo i grandi scontri militari della seconda metà del XVI secolo tra mondo islamico e mondo cristiano, che avevano colorato di sangue le acque del Mediterraneo, si può legittimamente pensare che nell´area mediterranea non potevano più trovare posto luoghi, come la sacra grotta di Lampedusa, in cui i protagonisti di una lotta così accanita si ritrovassero unificati in una stessa pietà.

Ai musulmani non è più riconosciuto il diritto di avere moti di devozione al pari dei cristiani. Se ciquant´anni prima essi erano persino portati ad esempio di sincera pietà, ora questi nemici del genere umano vengono sprezzantemente liquidati come esseri indegni e incapaci di possedere attitudini e sentimenti condivisibili con i cristiani. Il nemico è diventato, da avversario qual era, ma ancora appartenente a una medisima civiltà, un "diverso" con cui non si ha, nè si

può avere, su alcun piano, niente in comune ; un "altro" cui, secondo l´animo di un uomo che ha profondamente interiorizzato l´ordine controriformistico, sono negati comuni connotati e dignità di autonoma esistenza. La rottura tra i due mondi che si fronteggiano nel Mediterraneo non avviene nè nella sfera politica né, tantomeno, in quella commerciale e, più in generale, economica: essa si realizza piuttosto nella testa e nello spirito deghi uomini. Più che la battaglia di Lepanto, o le scorrerie piratesche dei Barbareschi o dei cavalieri di Malta e di S. Stefano, con il loro strascico di uccisioni, di violenze, di furti, la cesura nasce dal clima ideologico e culturale e dal mondo mentale generato dal Concilio tridentino.

Franco Angiolini, Instituto Univers. Europeo, Firenze.

APÉNDICE II

LOS CORSARIOS TAMBIÉN TIENEN SU CORAZONCITO

Emilio Sola

La copia de estas cartas está en la Biblioteca Nacional de Florencia, en la sección de manuscritos, II, II, 201, pp. 339 a 342. Con esta cita os las localizan. Luego, si queréis ver otros manuscritos, debéis pedir los catálogos del fondo MAGLIAVECCHI, o del fondo o colección CAPRONI, así como el PALATINI. Es largo de explicar, pero es sencillo al mismo tiempo. Ya nos veremos en cursos de doctorado o en últimos cuatrimestres para ello.

La primera carta viene titulada así: "Carta escrita por el Cigala, General de la Armada turca -"turchesca" escriben los italianos, y se pronuncia "turquesca"-, estando en el mar de Sicilia, al Virrey de Sicilia, en septiembre del año 1593".

Traducimos, sobre la marcha, el equipo citado anteriormente:

"Ilustrísimo y Excelentísimo señor, que entre los seguidores del buen Cristo ha estado elegido virrey y, a su término, obtenga mejor estado aún.

"No le escribo ésta sino para haceros entender, como ya sabéis, que ahí se encuentra una pobre vieja, mi madre. A la cual, en el final de sus días, desearía ver. Espero que al recibo de ésta, mi carta, os placerá mandarla -a su madre, claro- *en una barca de costa, pues no tengo otro deseo que verla, sin daño ni mal alguno. Y después de haberla visto, reenviársela, así como he hecho con mi hermano los días pasados, el cual había venido a constantinopla, que después de haberlo visto lo reenvié.*

"El portador de ésta es un cristiano. El cual era esclavo y lo he hecho libre, es más, franco, y lo envío para este servicio. Y quedo con grandísimo deseo a la espera de que todo salga bien. Y no se piense que lo envío para tener alguna noticia nueva, porque debéis saber que tenemos plena y buena información.

"Entonces, espero de vuestra cortesía que os dignéis enviarla con una barca; o bien, que me deis aviso en el caso de que deseéis que yo envíe un navío

y después libremente la vuelva a llevar. Y durante todo el día de mañana quedo esperando la respuesta.

"Y en la época de los otros capitanes, cuando venía la armada -turca se sobrentiende- *a este lugar donde estamos, se levantaba bandera de fe y se hacían canjes y se rescataban esclavos. Cosa que, por mi parte, se hará ahora.*

"Y a mi madre he escrito también una carta. Plázcaos hacérsela entregar.

"Sinam Bajá, Primer Visir y Capitán.

"Al señor don Pedro, Capitán de las galeras de Sicilia, le envió mil saludos, habiendo sido siempre su padre, de feliz recordación, amigo del mío, de feliz recordación".

La carta es una delicia. Lo de "hombre franco" es un status jurídico, podría decirse, especial, el de los súbditos del sultán otomano que no son musulmanes, aunque sean libres, y para abandonar el territorio del sultán debían de hacer unos trámites, que por supuesto incluían pagos en dinero, algo así como los residentes extranjeros hoy que deben cubrir unas formalidades policiales y fiscales en el país en donde residen. La "bandera de fe" hay que entenderla como una especie de tregua durante la que se puede entrar en negocios de canje y rescate de cautivos, o comerciales sin más, con seguridad por ambas partes. Es típica de los usos corsarios -y de guerra- y muy deseada por los familiares y amigos de los cautivos pues facilita y hace menores los gastos que siempre llevan consigo los rescates de los esclavos. En fin, la alusión a la vieja amistad entre don Sancho de Leiva, padre de don Pedro, y el Cigala padre, ambos cautivos en Estambul a principios de los años 60 del XVI, es también reseñable; así como las especiales relaciones -la visita del hermano- que podían surgir entre los dos mundos, el mundo cristiano y el musulmán, típicamente fronterizas. Veamos la respuesta gentil y cautelosa del Virrey, comprometida por el hecho de la amenazadora presencia de la armada turca frente a la costa siciliana. Modernizamos el castellano "macarrónico" del copista, lo mismo que la puntuación, como en la carta anterior.

"Sigue la respuesta del Virrey a Sinam Bajá:

"Excelentísimo y temido entre los turcos Sinam Bajá, Visir y Capitán:

Recibí vuestra carta y leíla con mucho gusto. Y para Nos demanda tan

piadosa, (la) *he remitido a la determinación que quiera tomar la señora Lucrecia; que por su cristiandad y haber tenido tan honrado marido y siendo madre de tan valiente capitán, la enviaré en una galera de fanal acompañada con sus hijos y nietos, con que Vos enviares aquí, con dos galeras de fanal, a vuestro hijo mayor Zequines, que estará en poder del Capitán General don Pedro de Leiva, respetado y honrado conforme a su calidad. Y en seguridad doy en prenda mi palabra, en nombre de* (Su) *Majestad.*

"Y en lo (del) *rescate, podrán venir una, dos o tres galeras; que alzando bandera de seguro, se atenderá al rescate.*

"Don Pedro de Leiva ha recibido -los "mil saludos", claro"- *y envía otros tantos; y dice que se acuerda de la amistad de sus padres.*

"Don Bernardino de Cardine."

Otra carta deliciosa. No podía el Virrey exponerse a la cólera del almirante de la flota turca y la oportunidad de los rescates era también excepcional. No obstante, destaca la cautela: envía una galera de fanal, las mejores galeras, pero pide dos, más el primogénito de Cigala como rehén, uso muy de época. El tono general, de cortesía caballeresco-marinera.

Por último, la carta del hijo amantísimo a su "mamma", la señora Lucrecia, también traducida sobre la marcha.

"Carta de Sinam Bajá escrita al mismo tiempo a su madre.

"Obedientísima y amadísima madre - o "digna de obediencia y amor", tal vez mejor-*:*

"Después de haberos saludado mucho mucho -así, "assai, assai" en italiano-, *no es por otra cosa esta cariñosa carta mía que porque ya hace 30 o 40 años que he partido de tu lado y no te he vuelto a ver desde entonces. Desearía muchísimo, antes de que llegue la muerte, verte.*

"A este Virrey de Sicilia le he escrito una carta para ello, y con este fin he hecho franco un cristiano, portador de ésta.

"Y también los años pasados, para veros, he venido a este lugar, y no ha sido posible porque me vetaron el verte. Y para que no quede en este mundo privado de vuestra vista, os prometo reenviaros.

"Y porque me fue dicho que os habían metido en la cárcel, eso fue causa de que saquease Reggio.

"Si es que me ama Usted a mí como yo os amo a Vos, buscad obtener licencia para venir a verme.

"Y todos esos señores, e incluso Vos, bien sabéis que en tiempo de Piali Bajá, capitán de feliz recordación, en este lugar se alzaban banderas de tregua - "de fede", como antes apareció también- *y después se canjeaban y rescataban esclavos.*

"Es que, madre mía carísima, no tengo otro deseo en este mundo que el veros, con la confianza en Dios que vendréis con mis señores hermanos y mis señoras hermanas; seguiréis mis recomendaciones y yo, nada más haberos visto, os volveré a enviar ahí sin daño ni mal alguno, y volveré a mi camino.

"Y estas banderas de tregua, cuando se alzaban, sabéis que a mi señor padre le enviaba presentes.

"Y durante todo el día de mañana estoy esperando respuesta.

"De septiembre, el 20, domingo.

"Vuestro hijo Sinam Bajá, Visir y Capitán".

Y esto es todo por hoy. Ya está bien de cartitas. Espero que os haya gustado la historia del hijo de Escipión Cigala y la señora Lucrecia. Una carta de un tal Giorgio Leffa, que llegó a Trípoli a Malta en una nave de un tal Petro Cochino, a principios de agosto de 1561, cuenta el cautiverio de padre e hijo unas semanas atrás por el gran corsario Dragut, y cómo éste había comenzado a convencer al joven Cigala para que se hiciera turco, con cierto enfado por parte de su padre. Se convirtió en un verdadero arquetipo de eso que los cristianos llamaron "renegado" y los turcos "muhtadíes" -que quiere decir algo así como el que ha encontrado la recta vía, es curioso ejemplo de la importancia del punto de vista-, con lo que se podía calcular en algo más de 30 años el tiempo que hacía que no veía a "la sua mamma", la señora Lucrecia. De la relación de Giorgio Leffa hay una copia en el Archivo de Estado de Florencia, en el Archivo Mediceo del Principado, en la Filza -en un archivo español se diría "legajo"- 4148, folio 163. Pero seguro que hay otras muchas copias, en el Archivo de Simancas de Valladolid mismo, pues debió ser una relación famosa y muy reproducida.

Emilio Sola.